

«SOBRE HEROES Y TUMBAS», DE ERNESTO SABATO *

I. PAGINAS PARA LAS LLAMAS

El trabajo del científico —su teoría, su nueva fórmula, su invención, su descubrimiento— no deja entrever la circunstancia angustiada o feliz en que fue concebido; no muestra las vicisitudes interiores y tampoco prolonga o deja traslucir a la humanidad las posibles agobiantes condiciones en que su objeto científico fue alcanzado, ni éste, ya al servicio del hombre —servicio para su felicidad o para su propia desventura—, nos hace revelaciones. El arte y el quehacer humanístico son muy distintos, muy diferentes. ¿Por qué? —podría preguntarse, sin reticencia alguna— y una inmediata respuesta acude, con la natural incertidumbre frente al rigor del pensamiento filosófico: en el arte y en el quehacer humanístico, el hombre experimenta con su propio espíritu, con su propia conciencia, interrogante, escrutando el destino, y esta experiencia espiritual, 'conciencial', se revela en la creación artística, en el objeto resultante de la preocupación humanística, y algo, también sucede con respecto del objeto resultante de la meditación literaria.

En el caso de la meditación literaria no pueden eludirse condiciones asuntuales, ciertas experiencias internas que juegan tenazmente, a veces, en forma desasosegada, confusa y tumultuosamente inciertas, en la elaboración de un algo. Por ello podría haber en este ensayo sobre una de las novelas de Ernesto Sábato algunas líneas-testimonio correspondientes a grietas o a intersticios de cierta interioridad.

La novela *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, fue publicada en 1961, después de una elaboración angustiante y parcelada de diez años. No fue sino hasta en la Nochebuena de 1969 en que emprendí la lectura de la misma, lectura un tanto destanteada, si se

* Este ensayo constituyó, en buena parte, la lección inaugural que pronunciara el autor el 1 de febrero de 1973, en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos, de Guatemala.

quiere, en sus inicios; pero, después, poco a poco aferrante, hasta llegar a condición apasionada.

En la primavera de 1972 propuse una conversación alrededor de la novela *Sobre héroes y tumbas*. Entonces tenía ideas fuera de mí mismo, desimpregnadas de subjetividad. No habían ocurrido ciertos hechos. Había contemplado la novela concreta y quizá sólidamente. Para un insospechado infortunio, había subrayado afanosa, con pretensión de objetiva acuidad literaria, rigurosamente, muchas partes destinadas al análisis, a ese análisis severo a que inducen los maestros, a veces con la prefijación o prefiguración de una estructura rígida, de hierro, cemento y ladrillo —fríos, ciegos, deshumanizados—. Los subrayados hechos en el texto no sabía que podrían tener, en un tiempo muy inmediato, un sentido imprevisible, un sentido permitido, y que habrían de adquirir cierta corporeidad en lo interno, en lo íntimo.

Hasta la primavera de 1972 leí y releí *Sobre héroes y tumbas*, ingenua y objetivamente; subrayé e hice notas. Y vino el verano.

De repente, en la vida, alguien se aproxima, insensiblemente, en forma imperceptible, calladamente, sin señal alguna y poco a poco, a grandes lapsos, empieza a mostrarnos desconciertos, torturas internas y anhelantes vicisitudes. Entonces, uno se asoma al borde de insondables interrogantes y quizá murmure frases esperanzadas. Tal vez se extienda la mano para acariciar una frente en la que prematuro pentagrama desciende por lo enigmático del ceño y, entonces, se obtiene la revelación de una música recóndita, obscuramente melancólica. Casi sin percatarse, viene el sumergirse en un mundo insólito, desesperanzado y descreídamente desolado —mundo de lo alucinado y del ensueño vertiginoso y absurdo—, y se van creando visiones quiméricas a las que se da corporeidad, sutil e insalvable corporeidad; viene el aferrarse a ellas y después no se sabe cómo rehuirías, cómo desasirse de ellas. Están allí —en la imagen de una espiga de trigo en el tiempo del verano— para después provocar desasosiego o tal vez una insobornable tristeza caminando a la intemperie.

¿Qué ha sucedido? Hemos estado cerca, muy cerca, de alguien a quien agobian la pureza de la soledad, la tortura e infortunio interiores. Hemos estado a la orilla de alguien que ha luchado por su encuentro interno, en medio de la desesperanza, y nadie, nadie, se ha percatado de esa permanente y enmascarada angustia.

Y uno podría decir: A mí sólo me importa mi tristeza, subsumido en determinadas oscuridades, si es que una grieta en el diurno desasosiego dejara tiempo para la reflexión. Mas cuán desalentador sería quedarse en ese pronunciamiento que conlle-

varía a la renunciación de ser un contemplativo del arte o un participante en el arte, como quiera decirse. (R. E. «Un poema de Jorge L. Borges», 20 de agosto de 1972.)

Porque —y como si Ernesto Sábato me lo dijera en voz baja— felizmente el hombre no está sólo hecho de desesperación, sino de fe y de esperanza; no sólo de muerte, sino también de anhelo de vida; tampoco únicamente de soledad, sino de momentos de comunión y de amor (*Sobre héroes y tumbas*, p. 209).

El objeto artístico, y particularmente el objeto poético, cuando nos lanzamos al riesgo espiritual de contemplarlo, nos hace confidencias insospechadas y —allí está su condición humana— subraya identificaciones o implicaciones que conducen a ver nuestra propia interioridad y a reflexionar sobre nuestro destino. Ello quizá pueda conducirnos al intento de convertir en reflexión estética la fortuita experiencia personal para que la vida llegue a tener significación.

No importa cuán crueles sean los trastrueques que promueva la vida frente a los objetos poéticos. No importa cuánto la emoción nos aleje del rigor científico. Uno ha hecho una 'elección' humana, a riesgo de infidelidad en la custodia del misterio e intimidad de un bosque nocturno e intrincado, y a riesgo, también, de aproximarse al peligroso juego entre lo objetivo y la irrenunciable subjetividad.

II. FABULA Y EXPLICACION DE «SOBRE HEROES Y TUMBAS»

No se puede rehuir la lectura total de la «Noticia preliminar», llave para explicar la novela y 'la manera' de novelar de Ernesto Sábato:

NOTICIA PRELIMINAR

Las primeras investigaciones revelaron que el antiguo mirador que servía de dormitorio a Alejandra fue cerrado con llave desde dentro por la propia Alejandra. Luego (aunque, lógicamente, no se puede precisar el lapso transcurrido) mató a su padre de cuatro balazos con una pistola calibre 32. Finalmente, echó nafta y prendió fuego. Esta tragedia, que sacudió a Buenos Aires por el relieve de esa vieja familia argentina, pudo parecer al comienzo la consecuencia de un repentino ataque de locura. Pero ahora un nuevo elemento de juicio ha alterado ese primitivo esquema. Un extraño «Informe sobre ciegos», que Fernando Vidal terminó de escribir la noche misma de su muerte, fue descubierto en el departamento que, con nombre supuesto, ocupaba en Villa Devoto. Es, de acuerdo con nuestras referencias, el manuscrito de un paranoico. Pero no obstante, se dice que de él es posible inferir ciertas interpre-